

LAS CULTURAS INDÍGENAS EN MÉXICO

Natalicio GONZALEZ

I

EL MUNDO PRIMITIVO

HACE QUINCE MIL AÑOS, o tal vez más, el hombre ya había hecho su aparición sobre el suelo de México. Despojos de su rudimentaria industria, consistentes en astillas de obsidiana y calcedonia, toscamente retocadas, nos llegan como prueba de que el genio inventivo, revolucionario y dominante de la especie humana, ya comenzaba a emprender en estas regiones, en tan remota edad, su eterna lucha por humanizar el medio y por someter la naturaleza a los designios de su voluntad. La vida debió ser extraordinariamente dura y estar expuesta a continuos peligros. Una vegetación exuberante y gigantesca cubría las faldas de las montañas, y sus ramajes, formando densos arcos, hacían que los ríos corriesen en una especie de túnel vegetal impermeable a los rayos del pálido sol cuaternario, cuyo resplandor se veía atenuado por las nubes y por una atmósfera cargada hasta el exceso de humedad. Con frecuencia la tierra se estremecía a los sones de los truenos subterráneos, los picos de las cordilleras ardían convertidos en ciclópeas antorchas, y corrientes devastadoras de lavas ondulaban por las entrañas de la selva primitiva, a manera de ígneas serpientes mitológicas. El terror penetraría en el corazón del hombre, desnudo y débil; y agobiado por el violento misterio de aquel mundo mágico, comenzarían a nacer en su rudo cerebro los primeros atisbos del pensamiento metafísico y en su alma pávida la creencia en los dioses enigmáticos, capaces de asegurarle una vida más benigna al otro lado de la tumba.

En el Valle de México, los grandes lagos se hallaban cubier-

tos de innumerables plantas acuáticas. A medida que se retiraba la nieve y aumentaba el calor, no sólo la flora había alcanzado un desarrollo abrumador, sino que también la fauna presentaba ejemplares dignos de aquel *habitat* de caracteres sobrehumanos. Prosperaban el gliptodonte mexicano, ese armadillo de metro y medio de alto; caballos de desmesurada estampa; otros, de una variedad enana; algunos predecesores del asno y de la cebra; uno o dos tipos de rinoceronte; llamas y alpacas en presencia de las cuales parecerían liliputienses los camellos de hoy; corpulentos bovinos; jabalíes gigantes; dos especies de elefantes y otras tantas de mastodontes. El impulso depredador del hombre, cazador por necesidad y por instinto, y los grandes cambios climáticos que caracterizaron el fin del período glacial o plioceno, provocaron la desaparición de la fauna cuaternaria, algunos de cuyos ejemplares se retiraron de estas regiones con la nieve que retrocedía hacia otras zonas. Simultáneamente, también la flora pareció perder su tremenda fuerza explosiva, asumiendo proporciones menos grandiosas.

En el lento curso de los milenios, el hombre primitivo de México fue enriqueciendo su utilaje. Echando mano a la calcedonia, al cuarzo, al pedernal, y más tarde al hueso, mejora el tipo de sus astillas pulimentadas, inventa rapadores, navajas, pulidoras, grabadores, martillos, y da mayor poder ofensivo a sus dardos, dotándolos de puntas espigadas, con aletas. Hace unos seis mil años, ya conocía el uso del *metate*, piedra plana cuadrangular que se usa en México hasta nuestros días para moler granos, principalmente maíz.

Los descubrimientos hechos por MacNeish, en tres cuevas de Tamaulipas, revelan que los utensilios del hombre prehistórico eran toscos y anormalmente grandes, lo que deja suponer que los manejaban seres vigorosos, de talla superior a la corriente. He aquí una justificación arqueológica del mito de los gigantes, que una constante tradición nahua supone dueños de la tierra en los orígenes enigmáticos de la humanidad.

Mucho antes de la aparición de la cerámica, el mexicano prehistórico ya conocía y practicaba el cultivo del maíz y el

arte de la cestería. Enterraba sus muertos en posición fetal, sumiso a quién sabe qué sugerencias religiosas y fiel a un hábito que sobrevivió en casi todas las naciones indias del continente.

¿CÓMO SERÍAN aquellos primeros ejemplares de la humanidad que penosamente iban ascendiendo hacia un destino prodigioso? ¿Cuáles serían sus costumbres?

Se sabe que conocían el uso del fuego, y es probable que empleasen este elemento primario de todas las civilizaciones como auxiliar de la caza, arreando a la gran fauna cuaternaria hacia los lagos o los precipicios, y rodeándola después con un cerco de llamas, para impedir su fuga. Con el genio que los elevó sobre la animalidad y el uso inteligente de toscos dardos, cazaban el mamut, el elefante y el caballo de la América prehistórica, pero no llegaron a domesticar ninguna de las variedades equinas, circunstancia que influyó, indudablemente, en el largo proceso de su cultura, dándole un carácter de hondura, de estatismo y de irradiación lenta y cautelosa. En efecto, la cultura mexicana precolonial nunca tuvo, ni en la época de su mayor esplendor, aquella movilidad casi nómada de los pueblos que esclavizaron al caballo.

Fuera de los despojos materiales de su industria rudimentaria, que los geólogos y paleontólogos extraen y clasifican cronológicamente, guiándose por los estratos en que fueron localizados, nada sabemos de la humanidad que bullía en el fondo insondable de los milenios. Ni siquiera podemos imaginar qué idioma balbuceaba. Procediendo por analogía, y reparando en los hábitos de ciertas tribus retardadas de las selvas americanas, tribus que aún no han salido de la edad de piedra y que ignoran el uso de la arcilla cocida, podemos suponer que antes de la invención de la cerámica, usarían como recipientes de agua, miel y otros líquidos, cestos que revestían de cera, en vez de recubrirlos con arcilla desecada, como ocurrió en la Europa prehistórica. Vivirían de la caza y de las frutas y raíces de los bosques; sus fuertes brazos serían capaces de derribar troncos corpulentos a golpes de sus toscas hachas de basalto, para apoderarse de la miel depositada en

profundos huecos. De la zona central de la América del Sur, o quizá de la región peruana, llegarían las primeras nociones de la agricultura, con la introducción del cultivo del maíz y de algunas raíces nutritivas. O tal vez haya surgido en la jungla amazónica o en la propia tierra de México el arte de cultivar y explotar ciertas plantas con miras a obtener alimentación abundante y segura, pese a la esporádica escasez de la caza y de las frutas. Lo más lógico es pensar que hubo varios focos de dispersión de las plantas de cultivo, y aceptar que el maíz fue domesticado en Mesoamérica y en el Sur, en la zona de las grandes selvas. El aislamiento y la diversificación del lenguaje serían un fenómeno ulterior, provocado por factores geográficos y por la decadencia de la vida nómada que siguió a la aparición de la agricultura. Las altas montañas y las florestas intransitables predisponen a las tribus sedentarias al aislamiento, a la falta de intercambio comercial y cultural, de los que no salen para ponerse en mutuo contacto sino a través de cruentas guerras, guiadas por caudillos de extraordinaria personalidad, cuyo recuerdo divinizado integra luego el vasto mundo de los mitos. En esta materia no es posible salir de las conjeturas e inducciones, fundadas en los escasos restos materiales de una industria rudimentaria. Por lo demás, nunca podremos prescindir de ellas, obedientes a esa insaciable curiosidad que atormenta al hombre sobre el problema de sus orígenes.

II

EL HORIZONTE ARCAICO

LOS ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS han dado como resultado la resurrección de un mundo animado y complejo, cuyos rasgos más visibles se hallan objetivados en los despojos de sus creaciones materiales. Se trata de pueblos que comienzan a abandonar el nomadismo, conciliando las artes de la caza con la vida del agricultor. Su cultura, que unos califican de "arcaica" y otros llaman "media", aparece como una superación del primitivismo salvaje; sin duda alguna abarca un lapso considerable, que va desde la domesticación de las plantas hasta la

aparición de la cerámica y los primeros balbuceos del arte del modelado, que ensaya tomar vuelo en las innumerables estatuillas de barro.

Herbert Spinden coloca la domesticación del maíz en el cuarto milenio antes de nuestra era, cálculo que no está lejos de coincidir con las tradiciones indígenas. En efecto, los toltecas asocian el cultivo de ese cereal al nombre de Quetzalcóatl, que apareció al comenzar la tercera edad de su grandiosa mitología: en Tletonatiuh, el ciclo solar que duró 4,804 años y que fue destruído por el fuego en 4566 antes de Cristo, como lo atestigua el Códice Ríos o Vaticano A. No es totalmente inverosímil esta creencia de los antiguos indios, pues un pueblo, para pasar del estado salvaje al semicivilizado, cuando en este proceso intervienen con exclusividad factores internos y no media el contacto de sociedades más evolucionadas, requiere el transcurso de varios siglos. De modo que si asociamos la aparición de la cultura arcaica con la domesticación del maíz, hay que hacerla arrancar por lo menos de cuatro o cinco mil años atrás.

La arqueología no ha podido recoger sino las últimas manifestaciones de esta cultura, sobre cuyas modalidades lingüísticas y religiosas nada podemos decir. Se sabe que floreció en el Valle de México; que apareció con variantes locales en Michoacán y La Quemada, hacia el Septentrión; rumbo al Oriente llegó hasta el litoral nicaragüense, y hasta Guatemala en el Sur. Algunos han señalado rastros de la misma cultura en el Ecuador, en Venezuela y en el Perú. Densas migraciones sucesivas que rodaban sobre la tierra americana, iban dejando, en época remotísima, los gérmenes de una civilización ritual y agraria, que el tiempo y el aislamiento bifurcarían, dando lugar a la aparición de culturas regionales grandemente diferenciadas unas de otras.

Hay analogía, pero no identidad, en las manifestaciones materiales que integran el horizonte de la cultura arcaica. En Uaxactún (alto Petén) se han desenterrado, inmediatamente debajo de la capa arqueológica maya, cerámicas y figurillas que se diferencian de las encontradas en la Quinta Arévalo (también en Guatemala); en cambio, las extraídas

por Samuel K. Lothrop en El Salvador y por Manuel Gamio en la altiplanicie guatemalteca guardan cierta afinidad con las del Valle de México. George G. Vaillant señaló "la complejidad y falta de coherencia observadas en el grupo del material centroamericano llamado arcaico", y sugirió que habían tenido lugar varias evoluciones separadas, y que el material a mano estaba lejos del primitivo. Era evidente la existencia de estilos dispares, a los que daba unidad un fuerte influjo externo que obraba sobre ellos. Es una mezcla, afirma Lothrop, "de rasgos prestados del primitivo Valle de México, de Sudamérica y de un nivel cultural todavía más antiguo y no identificado". Ambos arqueólogos creen "que la compleja cultura básica de las civilizaciones de México no era la misma que la subyacente bajo la civilización maya", designada por ellos como "complejo Q" y caracterizada por la presencia de muchas formas típicas de vasijas, entre ellas "vasijas con asa-vertedera, vasijas con figuras, patojos, vasijas con pintura negativa, vasijas decoradas con otras técnicas que no son la pintura, vasijas tetrápodos, soportes trípodes alargados, soportes en forma de carrete y figurillas modeladas con *slip*".

En Monte Albán, en la época más primitiva, aparecen cerámicas y figurillas que, dentro de modalidades propias, mantienen similitudes con las encontradas en el Valle de México. En el período siguiente se advierte una mayor vinculación con la zona maya. Según Alfonso Caso, la segunda época del zapoteco arcaico se distingue "por su semejanza con el complejo cultural que Lothrop y Vaillant han llamado 'Q'. Aparecen, en efecto, vasijas tetrápodos, soportes de vasijas en forma de carrete, ollas con asa-vertedera, cajetes con pies esféricos, vasijas con tapa y cerámica lisa o con decoración raspada". La tercera época se caracteriza por el uso abundante de la cerámica gris, grabada, generalmente, con motivos serpentinos. Es una época de relación con lo teotihuacano, y aparece el cajete con soporte circular muy bajo, la vasija en forma de florero, la olla con dos asas-vertederas y los cajetes de paredes verticales. Sin embargo, también en esta época se notan influencias mayas. La cuarta época se caracteriza por el uso casi exclusivo de cerámica funeraria de barro negro o

pardo, muy poco o nada pulido; principalmente se usan platos con o sin soportes cónicos, y zahumadores de fondo redondo o plano y mango cilíndrico. Corresponden a esta época las urnas sobre pedestales (piezas muy elaboradas), los vasitos de estuco pintados de rojo o de verde, los platitos de fondo plano con impresiones de los dedos en el asiento y los vasos en forma de garra de tigre.

LOS TARASCOS, a su vez, modelaron figurillas arcaicas, antropomorfas y zoomorfas, notables por su animoso realismo. Sobre ellas escribe Eduardo Noguera:

Podemos distinguir tres grupos principales, basándonos en el tamaño de las representaciones humanas. Un primer grupo comprende los de un tamaño entre 30 hasta 75 centímetros de alto y representan el cuerpo humano de pie, sentado o en diversas actitudes. Entre éstas hay algunas de verdadero valor artístico: el cuerpo y la cabeza se ejecutaron con un realismo sorprendente, señalando un tipo racial determinado. Así, por ejemplo, hay una famosa pieza que se exhibe en el Museo Nacional, que representa un sujeto en actitud de asir un arma y el cuerpo va cubierto con una especie de coraza. Otra de las figuras notables es la de un anciano, cuyas arrugas del rostro están bien figuradas.

El segundo grupo incluye las figurillas de 15 a 30 centímetros. Son más numerosas y por consiguiente encontramos mayor variedad en las actitudes de los diversos personajes representados. Unas están de pie, otras sentadas, en cuclillas. Entre éstas descuella la de una mujer que, con las piernas replegadas y cubiertas por una enagüilla, ostenta los pechos descubiertos. Se complementa el vestido con una serie de dibujos que cubren el cuerpo.

Como más numerosas, más típicas son las figurillas del tercer grupo, cuyo tamaño es menor de 15 centímetros. Esta clase de representaciones son las que ofrecen una decidida semejanza y analogía con las de la cultura arcaica del Valle de México. Esta analogía parece ser no fortuita, pues empiezan a aparecer pruebas de que la cultura de Michoacán se extendió hacia el Valle de México o viceversa.

Por lo que se desprende de estas pequeñas representaciones antropomorfas, podemos distinguir tres grandes períodos. El más antiguo corresponde al Valle de Zamora. En esta misma localidad encontramos todavía uno anterior que quizás sea el arquetipo de las figurillas que tuvieron su desarrollo en la región tarasca y que tal vez corresponda a la cultura original de la que se formó la de Michoacán y se extendió hasta el Valle de México, como arcaica.

Un tercer tipo aparece en Zacapu y otro más reciente en las orillas del lago de Pátzcuaro.

EN EL CENTRO DE MÉXICO, los arqueólogos distinguen tres grupos culturales de características bien diferenciadas, y que aparecen en lugares distintos aunque no muy separados entre sí:

1) *Cultura Zacatenco-Copilco*, o Cultura Media Inferior (de 2300 a 1000 a. c.). Manifestaciones de ella han sido localizadas en El Arbolillo, San Juanico, Azcapotzalco, Tetelpan, y principalmente en los dos sitios con cuyos nombres se la designa. Las errantes tribus de cazadores echan raíces y erigen aldeas permanentes. El arte de la cerámica y de las figurillas inicia su lenta evolución progresiva.

Una primera fase, de larga duración, se distingue por el predominio de la cerámica negra, y de la pintada en blanco sobre rojo. Luego viene una etapa de transición que se hace singularmente visible en el estilo de las figurillas. La aparición de la segunda fase se trasunta especialmente en la alfarería: aparecen utensilios pintados en negro fino, otros en rojo sobre blanco o amarillo, o de un color crema. Los cuellos de las vasijas, al menguar, adquieren mayor gracia y acentúan sus curvaturas.

Los pueblos de la Cultura Media Inferior enterraban a sus muertos en posición yacente, y sólo en muy raras ocasiones en posición doblada.

2) *Cultura Ticomán-Cuicuilco*, o Cultura Media Superior (de 1000 a 500 a. c.). Desalojó a la anterior y sigue a ella cronológicamente. Fue localizada en los dos sitios de que ha tomado su denominación, y además en Azcapotzalco, Tetelpan, Cerro de la Estrella, en el distrito de Chalco, en Puebla y en Morelos.

La fase primitiva de esta cultura se caracteriza por una abundante cerámica pintada en rojo sobre amarillo, con contornos blancos y adornos irregularmente denticulados. Las vasijas amplían notablemente la abertura de sus bocas. Aparecen orejeras de arcilla en forma de bolas o de discos. En la fase intermedia de su desenvolvimiento surge la cerámica policroma. Líneas blancas vigorizan los relieves en rojo. Abundan

las vasijas que descansan sobre tres gruesos soportes cilíndricos. En las figurillas asoma una nueva técnica, con el uso de la pintura pulida y cierta evolución en las formas. En la última fase, las figurillas se recubren de blanco. Las vasijas, de color rojo o negro-marrón, generalmente pulimentadas, ostentan piernas gruesas, alargadas y zoomórficas. Sobresalen las orejeras cilíndricas, con un extremo cerrado y decorado, y las marmitas de bordes sobresalientes o casi verticales.

En esta última fase de la Cultura Media Superior el culto religioso tiende a objetivarse en construcciones arquitectónicas. Aparecen las primeras plataformas y los primeros altares consagrados a los dioses. Las aldeas dejan de ser campamentos de nómadas, y las tribus enraizadas comienzan a estructurarse políticamente sobre bases económicas más estables. Teotihuacán hace su aparición en la historia, un siglo tal vez después de Cholula.

Predomina casi en absoluto el entierro en posición curvada.

3) *Cultura Gualupita* (de 1000 a 500 a. c.). El lugar en que fue localizada, en el Estado de Morelos, le dio su nombre. Las vasijas de la primera fase son de líneas simples y superficie pulida. En la fase final sufre esta cultura el influjo decisivo de Ticomán y Cuicuilco. Pero sus figurillas, anchas y huecas, mantienen cierta originalidad.

Cabe señalar la existencia de otros grupos culturales en la altiplanicie mexicana. Sigvald Linné ha estudiado en el distrito de Chalchicomula la cultura constructora de montículos, que se desarrolló en los lindes de la meseta y denota visible influjo de la costa. Alternan en esta región los montículos de base cuadrada, con escalinatas laterales, probables subestructuras de templos, con los de base circular que servían de osarios. Muchos de ellos aparecen en simétricos grupos de tres, ocupando los vértices de un triángulo.

EN LA HUAASTECA, la cultura arcaica se desenvuelve en varias etapas; durante el primer período mantiene una autonomía casi cerrada; su cerámica y sus figurillas no sufren influjos foráneos, y se distinguen por la alta calidad de la arcilla empleada.

La cultura arcaica, como se ve, se difundió por una zona imprecisa de enorme extensión, que llegó hasta la América del Sur. Dentro de las diferencias y complejidades de los materiales que la constituyen, pueden descubrirse analogías y ciertos elementos afines que le dan carácter. No hay duda de que los pueblos innominados que la crearon, conocían ya los rudimentos de la agricultura, sabían modelar el barro, tallar y pulir la madera, el hueso y la piedra. Erigieron toscas estructuras y comenzaron a dar primacía a la religión en el proceso de la vida. Sus figurillas de barro, siempre modeladas hasta épocas muy tardías, se caracterizan por el empleo del *pastillaje*, que consiste en pegar a las facciones bolitas de barro para formar la nariz y la boca, lo mismo que los ojos, que muchas veces parecen un grano ovalado marcado perpendicularmente con una incisión.

Predominan entre estas figurillas de brazos y piernas globulares, de altas y aplastadas cabezas, las representaciones de mujeres desnudas, de cinco a trece centímetros de altura. Las anima un soplo de vida ingenua y una gracia tosca y un poco hierática. A veces aparecen figuras de serpientes y de perros.

En Nayarit fueron desenterradas figurillas pintadas, con camisas, taparrabos y turbantes. Son huecas y más grandes que las anteriores. Seguramente estas creaciones de un arcaísmo ucrónico pertenecen a grupos retardados y en decadencia, con influjo michoacano.

No se han encontrado rastros de esculturas en madera, acaso por la naturaleza perecedera del material empleado. Pero puede adelantarse que existió, pues las esculturas líticas atribuibles al horizonte arcaico, revelan una técnica penosamente aprendida en el trabajo en madera. Se trata, en general, de guijos en que las facciones quedan marcadas con huecos y salientes burdamente logrados. Los miembros siempre rígidos, apenas diseñados en la masa, revelan la impotencia del artista para esculpirlos debidamente. El material empleado va desde el basalto a la diorita y a la piedra caliza. Los *malacates* o torteros tuvieron una aparición tardía, lo que demuestra que el arte del hilado y el del tejido no aparecieron sino en la última etapa de la cultura media.

La cerámica arcaica se extendió hasta la América del Sur, principalmente las marmitas de patas huecas y triples, que sugieren cabezas y garras zoomorfas. La caracteriza la pintura a cera perdida, llamada también de tipo negativo, y cuya técnica consiste en someter la vasija a un baño de color, protegiendo con cera los motivos decorativos, a fin de que se destaquen manteniendo la tonalidad propia del barro cocido.

Abundan, dentro del horizonte arcaico, las escudillas con patas, de fondo convexo; los vasos globulares de cuello amplio o estrecho; las vasijas de barro negro, con líneas trazadas a punzón sobre la arcilla fresca; piezas con asas, y de otros tipos, que se identifican con las sucesivas fases que integran el largo proceso de la cultura media.

¿Cuál fue la técnica seguida en la industria cerámica?

La arqueología no ha proporcionado datos precisos al respecto. Pero por analogía puede deducirse que no se diferenciaría mucho de la empleada por los guaraníes prehispánicos, y que sobrevivió a la conquista. En el seno de esa gran raza la alfarería surgió como un arte esencialmente femenino. La mujer, refiere Hans Staden, amasa la arcilla, le infunde la forma que desea, la colora con gusto y belleza. Luego “deja secar estos vasos durante cierto tiempo; los coloca sobre piedra; los cubre de leña seca; y los deja así en el fuego hasta quedar como el hierro calentado al rojo; entonces se hallan suficientemente cocidos”.

DE LA ÚLTIMA ETAPA del arcaico, queda una construcción singular en Cuicuilco, que recuerda vagamente las *yácatas* de Michoacán, lo mismo que los montículos de Chalchicomula estudiados por Linné. Construída con cantos rodados y lodo, la pirámide de Cuicuilco, provista de graderías que miran al Oriente, mide 42 metros de alto y 62 de diámetro. Se eleva siguiendo un sistema de andenes superpuestos, y en la mesa superior existió indudablemente un altar consagrado a los dioses.

La construcción de Cuicuilco, lo mismo que las tumbas descubiertas en varios lugares, en las que no faltan ofrendas de cerámica y de hueso, ni puntas de flechas y de lanzas, demues-

tra que el hombre arcaico creía en una divinidad, tenía sus adoratorios y aceptaba la supervivencia del alma a la destrucción corporal. Usaba como arma la flecha y el arco, lo mismo que la lanza; cubría escasamente el cuerpo con pieles de animales salvajes; sabía producir y usar el fuego, con el que cocía sus alimentos y daba vida a la industria de la cerámica y de las estatuillas; trabajaba toscamente y pulía la piedra; había domesticado el perro y cultivaba la tierra. Con el correr de los siglos la agricultura primó sobre la caza; los pueblos arcaicos se tornaron más sedentarios. Los *metates*, contemporáneos de aquellos remotos americanos, señalan el importante lugar que ocupaba el cereal autóctono en el sistema dietético de los mismos. Por eso el problema de la domesticación del maíz ha apasionado a los investigadores de la prehistoria. Miguel Othón de Mendizábal resume las diversas hipótesis formuladas en los siguientes términos:

Aunque todavía la genética vegetal no ha dicho la última palabra respecto de cuál pudo ser la planta silvestre que dio origen al maíz (*Zea-mays-Lin*), numerosos investigadores se han inclinado en favor de la *Euchloena mexicana* o de la *Euchloena luxurians* guatemalteca. En 1893-1896, el agrónomo mexicano ingeniero J. del Carmen Segura, realizó la primera hibridación del *teocintle*, nombre náhuatl de la *Euchloena*, que significa "maíz divino" (*teotl*, dios; *centli*, maíz) y del maíz, obteniendo resultados positivos en la segunda generación.

El ingeniero Segura había enviado con anterioridad semillas de *teocintle* a Luther Burbank, el "mago de la agricultura" de California, E. U., quien lo transformó en maíz por selección practicada durante dieciocho años, y a J. W. Harshberger, quien en sus investigaciones llegó a la conclusión de que el maíz proviene del *teocintle*, polinizado por algún pasto ya desaparecido. Peal Wetherwax afirma también que el maíz es producto de la evolución del *teocintle*, e igual testimonio genético se deriva de las hibridaciones logradas por Benito Toledo en el Brasil.

En México, como es natural, se han continuado las investigaciones al respecto. El profesor Guillermo Gándara y sus discípulos de Botánica en la Universidad de México y en la Escuela de Agricultura de Chapingo, han hecho diversos estudios sobre el particular, con resultados positivos. Las experiencias del agrónomo hindú Pandurangh Khankhoje, profesor de genética vegetal en la citada escuela, confirmaron la posibilidad de transformar el *teocintle* en

maíz, por la polinización, iniciándose la transformación en la segunda generación, como había afirmado el ingeniero Segura.

El doctor Buharov, del Instituto de Botánica aplicada de Leningrado, U.R.S.S., en su viaje a México en 1925, hizo estudios sobre el particular, declarándose por el teocintle como ancestro del maíz; pero el doctor Babilov, director del propio Instituto, estimó que su origen debe buscarse en otra planta silvestre de la misma región, que pueda hibridizarse con el maíz.

Una de las razones que se han esgrimido en contra del teocintle, como planta silvestre origen del maíz, es la de que coexiste con él en las sementeras cultivadas; pero una de las experiencias del profesor Gándara, en 1926, demostró que el teocintle es protogino con respecto al maíz, por lo cual la hibridación natural se realiza en raras ocasiones. En 1935, el propio profesor Gándara, sembrando semillas "tunicadas" de teocintle hibridizado naturalmente, obtuvo maíz perfecto por polinización en los terrenos del Instituto de Genética Vegetal, en San Jacinto, México.

Pero en el año de 1939, una nueva investigación ha venido a establecer una teoría genética, en la que las *euchloenas* pierden totalmente su glorioso rol de progenitores del maíz. P. C. Mangelsdorf y G. C. Reeves, en *The origin of Indian corn* publicado por la Estación de Agricultura de Texas, estudian el importante problema y llegan, en síntesis, a las siguientes conclusiones:

"Todas las formas conocidas del maíz pertenecen al género *Zea*, que, con el género *Tripsacum*, forma parte de la familia *Maydaea*. Esta familia proviene de las *Andropogonáceas*. En su distribución, el género *Zea* tuvo tendencia a localizarse en Sudamérica, en tanto que el *Tripsacum* se difundió en la América del Norte.

"En una época relativamente reciente se cruzaron ambos en altas tierras de Guatemala y dieron origen al género *Euchloena* (teocintle), el cual posteriormente se diseminó en todas direcciones.

"El género *Zea* actual tuvo formas primitivas, el *Zea maíz tunicata*, de granos envainados, que se localizaron en Paraguay y regiones aledañas. Estaba a punto de extinguirse cuando el hombre inventó sembrarlo, desvainándolo. *Esto determinó que un carácter letal (la vaina) mutase en carácter benéfico (planta doméstica)* y se conservase el género, que posteriormente fue diseminándose y multiplicando sus formas conforme al medio y los progresos de la técnica agrícola. Por ello el género *Euchloena* (teocintle) es capaz de cruzarse con sus progenitores y con sus descendientes."

Esta teoría abre una nueva ruta a las investigaciones prehistóricas del continente americano. ¿Cuál fue el grupo indígena que realizó la conquista económica que sirvió de base a las culturas indígenas? ¿Sería alguno de los que integraban la gran familia arawaka, tan ampliamente difundida en la América del Sur, en las

Antillas y probablemente en México también? ¿Serían los caribes, que se intercalaban con los arawakos en todo su inmenso territorio de ambas Américas? Las exploraciones stratigráficas futuras y el estudio comparativo de la cerámica arcaica, en las diversas regiones de América, nos podrán, tal vez, responder a esta pregunta.

A favor del origen mesoamericano del maíz pueden invocarse las claras referencias del *Popol Vuh* y el mito de Quetzalcóatl, el civilizador. Es probable que el maíz haya tenido dos centros de expansión: uno en México, donde derivaría de un género hoy desaparecido, y otro en el Paraguay, *habitat* inmemorial de los admirables agricultores guaraníes, racialmente idénticos a los caribes. Debe recordarse que aquellos indios de aguda inteligencia legaron a la ciencia gran número de plantas medicinales y “más de veinte de las principales plantas cultivadas de la agricultura universal, sin contar otras entre las secundarias o no conocidas aún en el mundo científico”, según palabras de Moisés S. Bertoni. “Conocían la hibridación, el cruce de las diferentes variedades y el medio de conservar una variedad completamente pura”.

En lo relativo a la cronología aplicada a la cultura arcaica, y que ha sido elaborada a base de cautelosas investigaciones por los arqueólogos, sería osado reconocerle una validez que no sea puramente regional. Las manifestaciones de dicha cultura se han producido en América dentro de una constante ucronía. Eduardo Noguera señaló la decidida “ semejanza y analogía ” que ofrecen las figurillas tarascas con las del Valle de México, y cree encontrar el arquetipo de las mismas en el valle de Zamora, es decir, dentro del área michoacana, según queda dicho. La cultura arcaica o media del Valle de México que, según Vaillant, hizo su aparición unos doscientos años antes de la era cristiana para extenderse hasta el siglo v, en realidad floreció en una edad mucho más alejada. La cronología establecida a base del carbón 14 nos lleva a fijar el ciclo abarcado por dicha cultura entre los años 4000 y 100 antes de Cristo. J. R. Arnold y W. F. Libby en *Radiocarbon dates* fijan, mediante análisis efectuados en 1950, para el arcaico medio de Tlatilco una antigüedad de 3,407 años (1457 a. c.); para Zacatenco I, 3,310 años (1360 a. c.); para Teotihua-

cán I, 2,434 años (484 a. c.); para Tlatilco, 6,390 (4440 a. c.); y para Cuicuilco, 2,442 (492 a. c.). Desde luego, era ilógico creer en esta rapidez sorprendente con que ciertas hordas cazadoras saltan del estado salvaje a una esplendorosa civilización; un acontecimiento de esta naturaleza sólo se explicaría por su contacto con culturas más elevadas que contemporáneamente florecieron en varios lugares de Mesoamérica. El horizonte arcaico de los olmecas, los mayas, los zapotecos, tarascos y toltecas corresponde, con algunas excepciones, a esta misma cronología. Existe casi siempre cierta correlación entre las varias etapas que cubren en su desenvolvimiento las civilizaciones más dispares, pero al estudiar su proceso en los diversos pueblos que le sirvieron de matriz, también hay que contar con una posible ucronía, derivada de circunstancias históricas y factores geográficos, así como de la cambiante naturaleza del espíritu humano.

LAS PRIMERAS manifestaciones del arte arcaico tuvieron su expresión en la cerámica, que nació con fines utilitarios y poco a poco adquirió un valor artístico, a través de la gracia del modelado y del brillo de la decoración policroma. Luego hicieron su aparición las figurillas, que en su primera etapa, bajo la técnica del pastillaje, se caracterizaron por cierta puerilidad infantil de la que las salva, en algunos ejemplares, una indudable fuerza expresiva. El modelado se perfecciona ulteriormente. En la última etapa se llega a la fabricación en serie de las figurillas mediante el uso de moldes, y el arte degenera en industria.

En la Huasteca, los escultores arcaicos dieron muestras de singulares dotes artísticas. Esta cultura, asienta Wilfrido du Solier, "fue prodigiosa en concepciones y aciertos en el modo de presentar la cabeza humana. En ella pueden apreciarse desde las ideas más rudimentarias hasta las que podríamos considerar como el prototipo de la belleza en el modelado y expresión de la cara entre todas las culturas de México". Y Eduardo Noguera señala el singular valor estético de algunas figurillas de procedencia michoacana.

El arte arcaico anticipa ya la concepción estética que ha

de predominar en el continente americano: su índole esotérica. No se advierte ningún empeño en incurrir en el retrato (salvo en el Occidente mexicano, como acontece con las figurillas nayaritas, manifestaciones de un arte en decadencia). Se busca modelar símbolos, abstracciones, y la belleza se concibe, no como una cuestión de forma, sino como manifestación sensible de las fuerzas latentes del mundo invisible.

Por último, hay que tener presente que el arte americano, a semejanza del griego, no concebía la eliminación del color de ninguna de sus manifestaciones plásticas. La cultura espectral de los europeos, que nació inspirada en los mármoles desenterrados de las antiguas ruinas, es una degeneración de la estética clásica, que ni el griego antiguo ni el indio americano podrían aceptar. En América, el color tenía, además, su simbología, y servía para sugerir con mayor viveza lo que el hombre evoca pero no ve. Finalmente, la concepción artística del americano, como la de los helenos, era más profunda que la europea, porque en ella el culto de la belleza se confundía con una grave emoción religiosa. Se hallaba limpia de escepticismo. El arte era uno de los caminos elegidos para acercarse a Dios.

III

LA CULTURA DE LA VENTA

“HA AÑOS SIN CUENTO, viniendo en navíos por la mar, guiados por sus sacerdotes que llevaban consigo su dios de ellos”, unos extraños advenedizos aproaron en las costas del Seno mexicano, hacia el sitio donde desemboca el Pánuco, el *Panoayan* de los indígenas, o sea “lugar de tránsito”, por alusión a los muchos y diversos pueblos que pasaron por sus márgenes.

Así relatan los cronistas indios que informaron a Sahagún, la llegada de los llamados *olmecas*, voz nahua que quiere decir “gentes del país del hule”, y que se explica por la abundancia del árbol de la goma en la comarca donde llegaron a predominar. En realidad, se trataba de una generación de raza maya, de cuyo seno iban a surgir, en el curso de los siglos, las esplendorosas civilizaciones de Mesoamérica. Procedía proba-

blemente de la hoya amazónica; acaso pasó por la zona donde floreció la milenaria y misteriosa cultura de San Agustín, o era una rama desprendida de dicha cultura. Descendiendo por la corriente del Magdalena, habrían salido al mar Caribe; y navegando lentamente, sin perder de vista las costas colombianas y las del Istmo, donde pudieron encontrar esporádicos refugios contra la furia de los frecuentes huracanes, unos 4,000 años antes de la era cristiana aproaron en la feraz región del Pánuco. La costa generalmente baja —donde los médanos alternan con frecuentes y salobres lagunas— se eriza de rocas hacia el Norte de Veracruz, y bancos e islas de coral comienzan a decorar las azules lejanías. La comarca se viste de una lujuriosa vegetación. Su feracidad se acrece por el influjo de abundantes lluvias. Produce toda la vasta flora tropical y es realmente la tierra de la abundancia. *Tamoanchan* le llamaron los recién llegados, palabra enigmática que pudo derivarse de *Alt-ayanican*, “el lugar de las aguas y de las nieblas”, y entonces aludiría a la tierra de origen, a la brumosa región de las selvas amazónicas, cuyo nombre emigraría con ellos; o bien *Xochitl-icacan*, “donde las flores están erguidas”, y en tal caso se referiría a la nueva patria, a esas cálidas zonas bañadas por el Seno mexicano, camino de tantas migraciones dispares, y que por lo mismo parece una versión india del luminoso Mediterráneo de helenos y latinos.

Poblaron Tamoanchan, “donde estuvieron mucho tiempo, y nunca dejaron de tener sus sabios y adivinos que se decían *amoaxaque*, que quiere decir hombres entendidos en las pinturas antiguas”. Los cuales sabios “no se quedaron con los demás en Tamoanchan; porque dejándolos allí, se tornaron a embarcar, y llevaron consigo todas las pinturas que habían traído”, es decir, los libros en que a través de jeroglíficos multicolores se hablaba “de los ritos y de los oficios mecánicos”. Marcharon hacia las tierras guatemaltecas, en sus frágiles barcas, con una parte de su pueblo inquieto y errante, acaso para erigir con el correr de los tiempos la sabia Copán. Pero antes de alejarse, aquellos magos versados en la ciencia de los astros se despidieron de los que quedaban con estas palabras: “Nuestro Dios... manda que quedéis aquí en estas tierras...”

Vase para volver, cuando fuere ya tiempo de acabarse el mundo... Entre tanto, vosotros quedaréis en estas tierras, esperándole y poseyéndolas, [con] todas las cosas contenidas en ellas, porque para tomarlas y poseerlas vinisteis acá.”

Y los magos, poseedores del secreto de los astros y de la ciencia de los oficios mecánicos, en sus débiles embarcaciones volvieron a transitar los movibles caminos del mar, llevando envuelto en mantas a su dios parlero que les guiaba por los incógnitos caminos del destino.

Sahagún resume confusamente la historia de muchos siglos, pero, conjugando sus preciosas noticias con los datos de la arqueología, se puede arrojar alguna luz sobre aquellos tiempos casi míticos. Nos refiere que quedaron cuatro de los sabios: *Oxomoco*, *Cipactónal*, *Tlaltetecuín* y *Xochicauaca*, que hicieron junta para resolver los problemas que tenían entre manos. ¿Cómo gobernar a aquella gente? Sus colegas se habían llevado los libros que contenían las leyes de la comunidad, los datos de la astrología, “el arte de interpretar los sueños”, “la cuenta de los días, de las noches y de las horas” y “la diferencia de los tiempos”.

La verdad es que los pre-olmecas, como llaman los arqueólogos a estos advenedizos de la primera hora, extendieron su dominio desde el Pánuco hasta Guatemala. Las más típicas expresiones de su genio creador fueron encontradas en Chiapas, en un lugar llamado La Venta, que se tornó célebre por este motivo. También en Tres Zapotes y en el Cerro de las Mesas, en el Estado de Veracruz. Construyeron altares líticos, con figuras sedentes que asoman, con las piernas cruzadas, en bien labrados nichos delanteros; esculpieron en piedra enormes cabezas, de caras redondas y mofletudas como manzanas; y modelaron figurillas asexuadas pero de evidente tipo masculino, obesas, enanas, probables representaciones de geniecillos silvanos y fluviales, amparadores del árbol benéfico y del agua que misteriosamente brota entre las peñas. Modelaban el barro y tallaban el jade y la piedra con gracia y soltura, usando “una técnica desconocida para obtener el espléndido pulimento de las piezas. Hacían maravillosas perforaciones en el jade, tanto por su longitud como por su diámetro”. Su

arte se hallaba impregnado de tigre, de elementos felinos, de ideas que se relacionan con él. Usan jaguares estilizados como sarcófagos; esculpen “tigres antropomorfos en actitudes humanas”; “hasta en las figuras claramente humanas hay rasgos atigrados muy marcados” (Miguel Covarrubias). Son reminiscencias del origen vitalmente selvático de esta cultura, que hace su aparición “en niveles muy antiguos”, y “es sin duda madre de otras culturas, como la maya, la teotihuacana, la zapoteca, la del Tajín y otras”. “No es primitiva en ningún sentido. Más bien debe llamársele una cultura clásica, de gran finura, que implica siglos de preparación o formación y que influye esencialmente en las culturas posteriores” (Caso).

LAS TIERRAS BAÑADAS por el Golfo de México eran uno de los caminos del mundo indígena, teatro de razas heterogéneas, donde chocan o se alían los pueblos más dispares. Allí los olmecas se mezclaron probablemente con los rudos otomíes y con las hordas nahuas, que, llegadas del Norte, traían en su alma una fuerte vocación imperial al lado de vivas reminiscencias de la barbarie asiática. La fracción olmeca más pura, la dueña de las tradiciones científicas y teologales de la tribu, había marchado hacia las tierras guatemaltecas, llevando los libros sagrados; otra, con el nombre de huastecos, después de hacer florecer una vigorosa cultura, se fosilizaría, acaso por falta de sangre bárbara, junto al mar cuyos oleajes la arrojaran un día a aquella encrucijada del mundo; las demás, bajo el apelativo de totonacos, toltecas, popolocas, zapotecos, nahuas y otras varias denominaciones, en bandas sucesivas marcharían a fundar las grandes culturas de Mesoamérica, llevando ya los elementos constitutivos del calendario, conquista que introducía un factor común en estas civilizaciones gemelas, que se fundaron esencialmente sobre la ciencia de los astros y las abstracciones de las matemáticas. En esta primera etapa, y aun después de las primeras diversificaciones regionales, subsistió entre los pueblos fundadores una evidente analogía, derivada de la remota raíz común. “¿No es posible que al lado de tal homogeneidad cultural (tanto arqueológica como etnográfica) haya habido también una cierta uniformi-

dad lingüística?”, se pregunta, por eso, Wigberto Jiménez Moreno. “¿No se podría pensar en una continuidad de los pueblos mayenses desde el Pánuco hasta Guatemala, a través del área olmeca que, situada en el centro de esa vasta zona, sería el lugar más propicio para un primer florecimiento cultural, preludio de la magnificencia del Viejo Imperio Maya, de Monte Albán y de Teotihuacán?”

La verdad es que ya habían transcurrido varios siglos desde la llegada de los olmecas a las costas del Seno mexicano. En más de un sitio del vasto litoral ya habían objetivado, en la piedra de sus ciudades, en sus extrañas estatuillas y en sus gigantescas esculturas, un portentoso genio creador cuya grandeza aún se hace visible después de tantos siglos. *Quetzalcóatl*, nombre que significa “varón sapientísimo”, aunque literalmente se pueda traducir por “serpiente de plumas preciosas”, ya había aparecido entre los hombres, blanca la piel, grave el porte, envuelto en su larga túnica. Llamado también *Huémec*, “el de la mano poderosa”, brilló como varón justo, santo y bueno, que inculcó la virtud, enseñó las artes de la industria y legisló con prudencia y sabiduría. Había enseñado y difundido el cultivo del maíz, el grano de oro cuyo mítico origen se relata en la antigua y extraña Leyenda de los Soles.

Habían nacido “los vasallos” de las divinidades, es decir, los hombres, y como buscaran la manera de nutrirse, surgió la pregunta inevitable:

—¿Qué cosa comerán, oh dioses?

Luego Quetzalcóatl sorprendió a la hormiga colorada que había estado recogiendo maíz desgranado en el Cerro de las Mieses (el Tonacatépetl), y le preguntó:

—¿En qué lugar lo fuiste a coger? Dime.

Insistió varias veces hasta adueñarse del secreto. El propio Quetzalcóatl, convertido en hormiga negra, acompaña a la colorada; entre ambas conducen el maíz a Tamoanchan, “e inmediatamente lo comen los dioses; luego, por lo tanto, dice el mítico relato, en nuestra memoria se asienta, puesto que por ello embarcamos”.

—¿Qué haremos con el Cerro de las Mieses?, interrogan los dioses.

Como respuesta, Quetzalcóatl lo ata con cuerdas, y cuando pretende cargarlo no logra siquiera levantar la mole gigantesca. Uno de los dioses echa suertes con el maíz; otro predice que únicamente Nanaoatzin, el buboso, podría derribar a golpes los cereales que prosperan en el cerro inmóvil e intransportable. Y termina la poética leyenda, de una simbología hermética que resiste a las conjeturas: “De verdad echaron suerte con maíces y, al punto, amontonan tierra todos los dioses de la lluvia: los de color azul de cielo, los blancos, los amarillos, los rojos. Al punto desgrana los cereales Nanaoatzin, golpeándolos, y el mantenimiento es arrebatado inmediatamente por los dioses de la lluvia: el tallo del maíz blanco, moreno, amarillo, turquesado; el frijol, la semilla de bledos, la chíá, la semilla de bledos como hueva de pescado: todo fue arrebatado.”

Quetzalcóatl no sólo fue un civilizador agrario que inició a su pueblo en la agricultura, enseñándole a cultivar el maíz y otras plantas; se nos aparece igualmente como un moralista, reformador de las costumbres, y un sabio versado en la ciencia de los astros. Es casi seguro que llegó a determinar la revolución sidereal de Venus (de 224.7 días), lo mismo que la sinódica o aparente (de 583.92 días), con lo que contribuyó a la formación del nuevo calendario maya. De ahí que después de ser incluido en el número de los dioses, a raíz de su muerte, se haya identificado con el astro de fulgente brillo cuyo curso supo determinar, sin instrumento de precisión, a base sólo de sagaces observaciones. O tal vez sencillamente se bautizó con su nombre al planeta que fue el centro de su meditar caviloso y de su especulación científica.

¿CUÁNTOS SIGLOS emplearon los olmecas para llegar a esta altura de su desenvolvimiento cultural? Nadie podría decirlo; pero no hay duda de que ya habían realizado grandes progresos, cuando unos 2,500 años antes de Cristo emprendieron su lenta ascensión hacia la altiplanicie mexicana, que los atraía desde la distancia como un imán. Siguieron la ribera del

Pánuco, "mirando los montes, principalmente las montañas blancas y las montañas que humean", alusión al Iztaccíhuatl de encanecida cumbre y al Popocatepetl aún en actividad. Monseñor Plancarte y Navarrete nos ha dejado un bello relato de esta migración:

Encumbrándose por la corriente del Pánuco, en dirección al Sudoeste, después de pasar las tierras bajas del cantón de Ozuluma del Estado de Veracruz y del distrito Sur de Tamaulipas, comenzaron a encontrar el suave declive de las últimas estribaciones orientales de la Sierra Madre, llenas de una vigorosa vegetación.

A las lagunas y pantanos sucedían las interminables redes de afluentes y subafluentes que, desprendidos de las cordilleras, aumentan la fecundidad de un terreno que produce cuantos frutos maduran en la zona tórrida, calentado con los rayos de un sol tropical.

A las extensas, nebulosas y húmedas llanuras del antiguo Tanzocob, hoy partido de Ciudad de Valles, se sucedían las quebradas del partido de Tancahuitz, lugar de flores, dejando quizá en él los viajeros recuerdos de su permanencia o de las colonias abandonadas, en las pirámides y derruidos monumentos de la ciudad prehistórica, cuyas ruinas, sobre las cuales surge el pueblo de Taquién, atestiguan el origen primitivo aun antes de la invasión española.

Venían después los terrenos desiguales y pedregosos, pero igualmente amenos y fértiles, de Tamazunchale.

En la cumbre de la Mesa central, ya en el Estado de Hidalgo, cambia enteramente el aspecto físico del suelo desde el pueblo de Pisaflores: los terrenos son menos escabrosos y menos accidentados, pero en cambio, a los corpulentos árboles de un follaje tupido, suceden tristes mezquites, espinosos huizaches, garambullos, órganos, nopales, biznagas colosales y magueyes. Sólo en algunos lugares, a una y otra margen del río, la vegetación se muestra lozana y abundante.

Son pocas las corrientes, escasos y raquíticos los arroyos y manantiales. En toda esta región no se han descubierto restos de antiguas poblaciones, lo que demuestra que fue tan corta la permanencia de los olmecas en estos lugares, que ninguna huella dejaron de su paso.

Evidentemente esta tribu peregrina no fijó definitivamente su morada en el Valle de México, ni por entonces se fijaron allí de una manera estable ningunos de los que la acompañaban. Movidos por razones que ignoramos, después de una demora no muy corta en el Valle, prosiguieron su camino. Siguieron la corriente del río

de Cuautla hasta su confluencia con el Amacuzac. La geografía, la etnografía, la tradición y la arqueología, se dan mutuamente la mano para enseñarnos, casi etapa por etapa, el viaje de los olmecas del Pánuco al Estado de Morelos.

Detenida al fin la migración, los olmecas siguieron desarrollando los valores potenciales de su cultura, al actuar sobre el medio físico, con el fin de transformarlo y adecuarlo a su ideal de vida. En el curso de este proceso, bajo el influjo del nuevo *habitat* y del mestizaje con otras razas, es cuando comienzan a diferenciarse paulatinamente las culturas de la altiplanicie mexicana de las que sincrónicamente se iban estructurando en el área maya. Ya en su nueva morada, los advenedizos no sólo inician un proceso de expansión que los lleva hasta Chalco y otros lugares, sino que ofrecen nuevas muestras de su genio impetuosamente creador, como lo atestiguan las asombrosas ruinas de sus grandes metrópolis: Xochicalco y Chimalacatlán.

Es casi seguro que los olmecas se encontraron en una tierra ya poblada por parcialidades nahuas y otomíes, semi-nómadas, no salidas aún de la barbarie, y cuya hostilidad no dejaría de hacerse sentir. Por eso sus dos grandes ciudades sagradas llegaron, poco a poco, a adquirir las características de sólidas fortalezas erigidas sobre altos cerros y circundadas de amplios fosos; alcanzaron a ser, simultáneamente, un centro científico-religioso y un núcleo de expansión cultural que originó, a la larga, una fusión racial y un sincretismo de creencias y costumbres. El ciclópeo esfuerzo que dio nacimiento a ambas ciudades hizo posible la supervivencia de un determinado estilo de vida y la aparición de una brillante cultura.

LOS NOMBRES ORIGINARIOS de las dos metrópolis olmecas se han perdido, y sólo las conocemos por sus apelativos de origen nahua. Xochicalco, por ejemplo, significa literalmente "casa florecida", probable alusión al carácter de sus ornamentaciones arquitectónicas. La ciudad fue erigida originalmente sobre un cerro que se eleva a 130 metros sobre el nivel de la altiplanicie; por obra de su ulterior desarrollo se extendió a otros dos cerros vecinos. Al pie de ellos corre un raquíctico río que

debió ser caudaloso en aquellos siglos remotos. Una vasta laguna, visitada por patos y otras aves acuáticas, interrumpe con su esplendor la llanura circundante. Desde la meseta se domina el valle de Cuernavaca, ondulado, verdeante en la estación de las lluvias y amarillento en invierno; valle que se extiende hasta la cadena de cerros vigilantes que lo aprisionan con su anillo de rocas.

Los arquitectos indígenas convirtieron el accidente geográfico en una serie de terrazas superpuestas, a las que se tiene acceso por una graciosa combinación de amplias calzadas empedradas y de elegantes escalinatas. Empinados murallones impiden el desmoronamiento de las terrazas, sobre las cuales se alzan pirámides cubiertas de altorrelieves policromados, adoratorios, espléndidos palacios, entre una sucesión de plazas y patios donde hoy crece la hierba y florecen arbustos. En los palacios que sirvieron de residencia a los sacerdotes, o a los jefes de la ciudad sagrada, el arqueólogo ha hecho reaparecer la estructura de la mansión indígena, con sus salones, sus dormitorios, sus dependencias, sus cocinas y baños de vapor, a través de los cuales no sería imposible reconstruir la vida de sus antiguos moradores.

En la meseta aparece el monumento principal, cubierto de relieves. Estuvo coronado por una imagen de Xochiquetzalli, la Ceres de aquellos magníficos constructores. La serpiente emplumada marca sus curvas simétricas sobre los muros de la pirámide. Entre sus ondulaciones aparecen personajes míticos, o tal vez retratos sedentes de los sacerdotes-astrónomos que allí, en la ciudad, celebraban sus reuniones para discutir y hacer avanzar la ciencia de su tiempo. Estas figuras humanas, de evidente tipo maya, están ejecutadas con gracia y suavidad; se desprende de ellas un encanto misterioso, algo espiritual y atrayente, que delata la grandeza de los artistas que las esculpieron. Los signos calendáricos y los del fuego, el jeroglífico *calli* (casa) y los murales que se destacan entre las ornamentaciones líticas, con un llamativo predominio del número nueve, dieron origen a la opinión de los arqueólogos de que este monumento fue erigido para celebrar una probable corrección del calendario maya-zapoteco, corrección que dio

origen al calendario nahua-mixteco. Esta hipótesis, podríamos decir, se halla confirmada por la figura humana que aparece uniendo con una cuerda dos fechas, alusión posible a la corrección calendárica a que nos referimos.

Enrique Juan Palacios adelanta la hipótesis de que los numerales esculpidos se refieren, no a la cifra nueve, sino a las "ataduras", es decir, a ciclos calendáricos de 208 años, o "416 por fachada de la estructura". Supone que las alegorías aluden "a la Cuarta Edad o era contemporánea del mundo". Y agrega: "Que ella no concluía aún, sino que era vigente, no deja de expresarlo el hecho de ser seis grupos simbólicos (ataduras, volutas y barras con cuatro numerales) los expresados solamente, conjunto que ajusta nada más que 1,248 años (6 por 208). Pero la era terrestre (antes pasaron las del aire, el fuego y el agua) debía durar igual que las precedentes, un término de carácter mítico, múltiplo de las cifras básicas del sistema: debía durar también 1,664 años."

Originariamente, los relieves estaban pintados en rojo, azul, amarillo, verde, blanco y negro, pero en una época posterior desapareció este gusto por la policromía, y una mano de pintura roja vino a dar al conjunto un tono severo, casi trágico.

El juego de pelota, reconstruido, confirma por su similitud con otros de Guatemala la creencia de que la cultura maya y la olmeca tienen una raíz común.

Quedan pruebas materiales de que Xochicalco fue un centro religioso, donde se desplegaba una extraordinaria actividad científica. Puede decirse que las 37 cuevas descubiertas en el cerro fueron utilizadas para realizar investigaciones secretas, cubiertas con el despliegue de misteriosos ritos religiosos. Una de ellas se halla distribuída en vastos compartimentos. Cúpulas hexagonales horadadas en la roca, terminan en claraboyas que se abren en la cúspide del cerro, claraboyas que acaso sirvieron para observar el paso de los astros por el meridiano de Xochicalco, en determinados días del año.

También Chimalacatlán fue erigido en una altura, sobre el cerro del Venado, que la mano del hombre transformó totalmente, gracias a la construcción de vastas terrazas que se superponen hasta alcanzar, en ciertos lugares, el número de

veinte, cifra que recuerda el sistema vigesimal de la numeración indígena. Las plataformas erigidas en las terrazas sirven de base a imponentes adoratorios, en torno a los cuales se amontonan hoy día los escombros de las habitaciones que abrigaron a los sacerdotes y a los jefes. Lo mismo que en Xochicalco, una capa de estuco cubría las paredes.

Un severo edificio llama aún la atención por su grandiosidad, a la que el vuelo de los siglos añade una melancolía infinita. Las paredes, según Florencia Muller, "están inclinadas en forma de talud, formado por grandes bloques de piedra cortada de diferentes tamaños, que van desde 1.50 hasta 2.25 metros", contra un ancho y un grosor casi constantes de 65 centímetros. "Están colocadas de tal manera, que cada hilera de piedra deja una huella de 10 centímetros en la inferior. Entiendo que esto se hacía para poder aplicar el estuco sin que resbalara".

Los edificios aparecen distribuidos sobre terrazas escalonadas, en cuatro grupos característicos, con patios cuadrados o rectangulares; algunas pequeñas pirámides señalan los sitios en que se erigieron antiguos adoratorios, implacablemente destruidos tal vez por las guerras, acaso por los incendios, en todo caso por los años innumerables que corroen la obra de los hombres. Pero no todo desaparece. Las ruinas de Chimalacatlán, con sus construcciones de proporciones grandiosas, hacen pensar que una raza de cíclopes ha pasado por allí. Las paredes hechas de piedra labrada, asentada sobre barro, aún permanecen en pie en muchas partes; pero la técnica de la construcción no es la misma siempre. También se encuentran restos de paredes de sillería, en las que los bloques de piedra simétrica fueron colocados sin recurrirse al uso de morteros. Y allí siguen, invadidos por la maleza, últimos vestigios de un mundo enigmático que se pretende descifrar mediante audaces conjeturas.

Eduardo Noguera, en su estudio sobre la cerámica de Xochicalco, determina ocho períodos en la evolución de esta ciudad y señala sus similitudes con las primeras expresiones de la cultura maya. Florencia Muller, durante su exploración de Chimalacatlán, obtiene conclusiones casi idénticas.

Los olmecas, aparte de practicar la agricultura, habían hecho grandes progresos en la industria del tejido. Vestían una túnica larga; se deformaban el cráneo y pintaban los cabellos, ya de amarillo, ya de verde, a semejanza de los huastecos, que eran de su misma raza, fragmento desprendido del mismo pueblo. De sus conocimientos arquitectónicos y de su maestría en la escultura, quedan pruebas magníficas en las ruinas de las antiguas ciudades. Las pocas tradiciones recogidas por los cronistas, dan testimonios del genio mercantil de los olmecas. Chimalacatlán era centro de un activo intercambio de productos entre las tribus que poblaban el territorio de México, desde las costas del Atlántico hasta el Pacífico.

Con los olmecas entraron en el mundo mexicano los cultos de Quetzalcóatl y de la deidad agrícola Xochiquetzalli, como lo atestiguan los restos de sus monumentos. De atenernos a Sahagún, también adoraban a Tlazoltéotl, dios de la lujuria. Parece que practicaban la confesión, sobre todo al sentirse enfermos, para limpieza del alma, “y el confesor les mandaba hacer satisfacciones, pagar las deudas, hurtos, usuras y fraudes”. Es probable que en el Olimpo azteca haya sobrevivido más de una de las divinidades que imperaron en Xochicalco, en tiempos en que esta ciudad brillaba en su máximo esplendor, rodeada de tierras bárbaras. Pues la verdad es que cuando en el Valle de México hacía su aparición la cultura arcaica, ya los olmecas comenzaban a poblar Xochicalco, cuya construcción precedió a la de Chimalacatlán. El primer período de Xochicalco, unos dos mil años antes de la era cristiana, es contemporáneo de la cultura Zapotenco-Copilco, lo mismo que de las culturas de Mamón y Chicanel, de la zona maya, y de la de Monte Albán I. Durante el segundo período de Xochicalco (que se desenvuelve sincrónicamente con Teotihuacán, con Monte Albán II y con Tzakol), comienza a florecer Chimalacatlán que, sin renunciar a su estrecha vinculación con aquélla, mantiene relaciones con la primera época de Tajín y la segunda de Monte Albán. “Al terminar este horizonte, afirma Florencia Muller, el cerro del Venado fue abandonado”. Xochicalco siguió su desenvolvimiento por un tercer

y un cuarto períodos, y desapareció cuando apuntaba en el horizonte de la historia la cultura azteca, en tiempos en que la gloriosa Tula se encontraba todavía en su esplendor.

LA ESCULTURA OLMECA se singulariza por la gracia y maestría de su modelado. Las figurillas, casi siempre desnudas y asexuadas, ofrecen una gran variedad de tipos humanos; las más antiguas ostentan la llamada "boca olmeca", o boca atigrada; sus caras mofletudas evocan al jaguar de los bosques americanos. Sobreviven en este arte ya maduro, de técnica audaz y refinada, reminiscencias de su origen selvático. Con frecuencia incurre en la caricatura o toma como modelos a seres anormales o físicamente tarados. Es posible que sus enanos y sus obesos representen genios lugareños, espíritus protectores de las fuentes, de las plantas útiles, y que muchas de las estatuillas sean trasuntos de una concepción animista del universo.

Los olmecas, sin dejar de lado la arcilla, también usaron el jade y otros materiales nobles para esculpir sus figurillas, con una destreza de miniaturistas que revela un extraordinario adelanto técnico. En las costas del Golfo tallaron en piedra estatuas colosales, cabezas monolíticas con supervivencias de rasgos felinos. Poco a poco su arte se eleva más y más. El llamado *Jugador de pelota* es una estatua sedente, admirablemente ejecutada por algún Rodin indio, que supo infundir en la piedra el ímpetu del movimiento, una animación contenida, cierto calor humano. El influjo de este pueblo de creadores en la cultura de Monte Albán se manifiesta en los relieves líticos conocidos bajo el nombre de *danzantes*; son olmecas no sólo la boca atigrada y los rasgos deformes, se diría patológicos, de las figuras, sino también el movimiento que las anima.

En La Venta, los altares olmecas, de proporciones grandiosas, ostentan admirables representaciones humanas empotradas en bloques de piedra. Al llegar a la altiplanicie mexicana, la arquitectura olmeca evoluciona y se afina. En Xochicalco, donde ese arte alcanza renovado esplendor, desaparecen casi enteramente los sedimentos selváticos que le

dieran una fuerza casi cósmica, pero en cambio gana en finura, en gracia, en humanidad, sin perder su extraña religiosidad ni esa tendencia a representar las concepciones abstractas del hombre a través de símbolos materiales.

Los constructores de La Venta crearon un arte original y poderoso, libre de "rasgos o elementos de otras culturas, salvo de las llamadas arcaicas", según la justa observación de Miguel Covarrubias, quien añade: "El estilo olmeca no tiene nada del terrorismo necrófilo azteca, ni del simbolismo preciosista de los mayas, o del arte ordenado y florido del Teotihuacán de fin de época. . . Sus ideas religiosas o ceremoniales son de gran complejidad y presentan algunos rasgos únicos en México, como el uso del sarcófago de piedra, tumbas hechas con columnas naturales de basalto prismático, el uso de cabezas de piedra colosales. . . Su ideología es igualmente impenetrable; representaban casi exclusivamente deidades o seres míticos que parecen ser simultáneamente jaguares y niños, o cachorros de jaguar humanizados, así como enanos jorobados y otros seres deformes".

Este arte ciclópeo, que era una especie de fuerza caótica que buscaba un ordenamiento, una expresión al alcance de la mente humana, poco a poco se ve domeñado por el influjo de las concepciones matemáticas, propio de un pueblo que medía el tiempo, que observaba los fenómenos celestes, que determinaba con precisión asombrosa la evolución de los astros, y que de estos conocimientos abstractos sacaba aplicaciones prácticas, a fin de asegurar las prósperas cosechas y sondear el misterioso destino del hombre. Entonces alcanza otra etapa y se manifiesta en el arte fino, gracioso y profundo de Xochicalco. La altiplanicie ya no era la selva oscura, dantesca, tremebunda; en la altiplanicie mexicana tenía validez la frase de Alfonso Reyes: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire." Y por lo mismo, aquí el arte tenía que aligerarse, amenizarse; al tigre totémico, amigo de la espesura, iba a reemplazar el águila que se posa en el sobrio nopal, fatigado viajero por un cielo donde todavía moraban los dioses.